

Soledad Puértolas

El fin



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

Ilustración: foto © Bruno Barbey / Magnum Photos / Contacto

Primera edición: mayo 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Soledad Puértolas, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9794-4

Depósito Legal: B. 8396-2015

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

PELÍCULAS

Domingo por la noche. Recorro las calles recién regadas por el camión cisterna. Aún se oye su ruido, los chorros de agua cayendo sobre el asfalto. Busco un lugar donde refugiarme, un lugar que me retenga unas horas más fuera de casa, pero no encuentro ningún bar. Los que hay están cerrados. Los domingos cierran muchos bares. Ahora ya es lunes. Hace escasamente dos horas. No me gustaban los lunes cuando trabajaba en una oficina, pero ahora ¿qué más me da un día que otro? Aunque los días no son iguales entre ellos, nunca lo son, cada día es distinto, imprevisible. Si fueran iguales, me sentiría más tranquilo, pero nunca sabes cómo va a ser el día que viene. Nunca lo sabes, y por eso prefiero quedarme un poco más fuera de casa, para que el día que viene retrase la llegada. Mientras estoy en la calle, aún es el día de ayer, aún es domingo aunque en realidad sea ya lunes.

Al fin, encuentro un bar abierto, un antro alar-

gado y estrecho con olor a kebab. Sólo está el dueño, un hombre muy serio, concentrado en la tarea de limpiar el pincho del kebab. Le pregunto si me puede servir una copa. Se encoge de hombros. Finalmente, me sirve un gin-tónico.

Aparece otro hombre. Cuando vuelvo del servicio, lo veo. No sé de dónde ha salido, no sé si ha entrado por la puerta del bar o por una puerta secreta, invisible para mí. Hablan en un idioma que imagino es turco. Hablan y me echan ojeadas de vez en cuando. Me pregunto si no me habré metido en territorio hostil.

Fuman, beben cerveza. Pago y me voy. No pasan taxis por aquí. Tampoco tengo dinero. Siento que alguien me sigue, una sombra, un rumor a unos pasos por detrás de mí. Oigo un susurro muy tenue, una especie de tonadilla. Pero a lo mejor está dentro de mi cabeza. Era la música que sonaba en el bar.

Con la tonadilla dentro de mí, con esa sombra a mis espaldas, llego hasta mi casa. Ante el portal cerrado, siempre me pregunto lo mismo, ¿tendré las llaves? Las tengo.

Oigo un ruido. Me parece que proviene del rincón. Ya no es la sombra que me persigue ni el eco de la música del bar. Todo eso se ha quedado fuera, en la calle. Esto es otra cosa. Un ruido como un gemido. Un ruido humano.

—¿Hay alguien ahí?, ¿quién es? —pregunto, alzando la voz.

Al ruido le cuesta articularse, expresarse con palabras. Busco a tientas el interruptor de la luz. El zaguán queda iluminado, aunque la luz es débil y tiembla un poco, como si la bombilla estuviera a punto de fundirse.

Me acerco con precaución al bulto que gime y se mueve.

—¿Qué hace aquí?, ¿qué le ha pasado? —pregunto.

Es una mujer. Está agachada, arrebujada en su abrigo, despeinada.

—¿Qué le ha pasado? —repito.

—No lo sé —balbucea.

—Pero algo le ha tenido que pasar.

—Tengo un dolor aquí —dice, con las manos sobre el abdomen, como sujetándolo.

—¿Vive en la casa?, ¿en qué piso? Habrá que llamar a un médico. ¿Puede ponerse en pie? Venga, la acompaño a su piso.

—¿Quién es usted? —pregunta, temblorosa, la mujer—. ¿Cómo sé que puedo fiarme de usted?

—Pues quédese aquí —le digo—. Mire, yo vivo en el quinto. Quédese aquí si quiere mientras voy a avisar a su familia.

—No tengo familia en la casa.

—¿No vive aquí?

—No he dicho eso.

La mujer habla ahora con más calma. Parece algo recuperada.

—Verás —dice, después de tragar saliva y de respi-

rar profundamente—. Soy enfermera, cuido a la señora del segundo derecha, que vive sola. No está del todo incapacitada, pero casi. Fue justo al bajar por las escaleras, de pronto me sentí mal, fue como un golpe en el estómago. Me he tenido que echar en el suelo. Pero ya me encuentro mejor, se me está pasando, no sé qué ha podido ser.

La mujer se incorpora, apoyándose en la pared. La verdad es que, aunque no lleva uniforme de enfermera —lo que se vislumbra bajo el abrigo no es una bata blanca, y sus piernas están enfundadas en pantalones oscuros—, tiene pinta de enfermera. Es una mujer de aspecto fuerte, alguien capaz de ayudar, de sostener a otra persona, de manejarse bien con los otros. Se ha enderezado y se está sacudiendo el abrigo, manchado de polvo. El zaguán, es evidente, no está inmaculado.

—¿Vive cerca de aquí? —le pregunto, manteniendo cautelosamente el tratamiento a pesar de que ella acaba de tutearme—. La acompañaré a buscar un taxi, no debe andar sola a estas horas de la noche.

—El caso es que no tengo dinero —dice, con el ceño fruncido—. La señora no me ha pagado hoy. No tengo más remedio que ir andando.

—Yo tampoco tengo dinero. Puedo subir a casa a buscarlo, si me espera un momento.

—No te preocupes —dice, mientras se dirige hacia la puerta—. No vivo lejos, y ya me encuentro mejor.

Tengo la impresión de que ha evitado mirarme.

–La acompañaré a su casa –digo, a sus espaldas–, no puede ir sola, es muy tarde, ¿y si le vuelve el dolor?

–De acuerdo –dice, ya con la mano en el pica-
porte y echándome una ojeada rápida, como cali-
brándome.

Se diría que es un favor que me hace, una especie de honor. Caminamos en silencio. De pronto, me acuerdo de la sombra que antes me perseguía, pero ya no está. Quizá haya sido imaginación mía.

La mujer tiene la cara contraída.

–¿Se encuentra bien? –le pregunto.

–Puede que me haya sentado mal el café –dice–. Nunca bebo café por la tarde, pero me sentía muy cansada. Pensé que si no tomaba café no sería capaz de hacer nada, que me quedaría dormida. Estaba agotada.

–No sé cómo a la gente le puede gustar tanto el café –comento–. A mí me da náuseas.

–¿Y qué es lo que tomas para espabilarte? ¿Coca-Cola?

–Sí, Coca-Cola.

Veo que en sus labios se esboza una leve sonrisa. Le gusta acertar.

–No tienes por qué llamarme de usted –dice ella–. No soy tan mayor. Tengo un hermano de tu edad. Me llamo Sara.

–Yo me llamo Ernesto. Me llaman Erni.

–Ernesto me gusta.

–A mí me parece un nombre de telenovela, suena

a alguien que ya está situado, que sabe lo que quiere, una especie de triunfador, que no llega a plantearse verdaderos problemas. En el fondo es un hombre que no tiene ningún interés, un hombre absolutamente gris.

–Tú no eres gris, ¿eh, Erni?

–Bueno, no lo sé. A lo mejor soy gris. Pero no me gustaría serlo, la verdad.

–¿A qué te dedicas tú, Erni?

–Me gustaría hacer películas, se me ocurren muchas cosas, historias raras, de esas en las que los demás no se fijan, historias que parecen normales pero que en el fondo soy muy raras.

–Creo que eres un poco complicado, Erni. Yo, en cambio, soy una mujer muy sencilla. ¡Vaya, a mí no me podrías meter en tus películas! No soy ni normal ni rara, ¡soy sencilla!

–Eso que has dicho es bonito, Sara.

Sara se ríe.

–Un chico romántico, eso es lo que eres, Erni, ya lo veo, yo capto enseguida a las personas. En mi profesión, hay que hacerlo. Hay que saber con quién te las tienes que ver. Cuanto antes lo sepas, mejor. Tú eres un romántico, chico. Te llevarás algún chasco, ya lo verás. La gente no es como tú. La mayor parte de la gente no es nada romántica.

Sara mueve la cabeza hacia los lados. Está convencida de lo que dice.

Llevamos andando mucho rato. No vive, como antes me ha dicho, tan cerca de mi casa, la casa don-

de trabaja. Hemos recorrido muchas calles, hemos atravesado muchas plazas. Hemos dejado muchas sombras detrás.

–Ya estamos cerca –dice.

–No estoy cansado –comento–, me gusta pasear de noche.

–Ya no es de noche –dice Sara–. Está amaneciendo. Me gusta este momento, el último momento de la oscuridad.

–Tú también eres romántica, Sara.

–Claro, las mujeres sencillas somos un poco románticas.

Estamos detenidos frente al semáforo rojo, a pesar de que a estas horas no hay tráfico. Estamos quietos, plantados junto al bordillo, mirando la calle por donde no pasa ningún coche.

Sara me coge un momento del brazo. Dice, apuntando al frente con la barbilla:

–Vivo allí, en ese edificio. ¿Quieres que nos tomemos un café en ese bar? Lo acaban de abrir, es un bar para los madrugadores. Ahora mismo es lo que me apetece, tomarme un café. No creo que fuera por el café por lo que me sentí tan mal. Además, siempre me tomo un café antes de subir a casa. Tengo unas monedas, pero si no nos llega, no pasa nada, conozco al dueño y le puedo dejar a deber.

–Típica costumbre de las mujeres sencillas.

Sara vuelve a reírse. Me empuja levemente con su cuerpo.